



WORLD
WARCRAFT
MISTS OF PANDARIA

HORLEY

BLIZZARD ENTERTAINMENT

El pergamino en blanco

por Gavin Jurgens-Fyhrie

—A ver si lo he entendido —dijo Ziya, mientras afilaba sus dagas—. ¿Quieres que te cuente una historia?

Se sentó con Arko apoyando la espalda contra la pared de un acantilado en la costa norte de Pandaria para cobijarse del viento más recio. No podían arriesgarse a encender una fogata; los diez escuadrones de saqueo goblin desperdigados por el continente llevaban semanas asaltando cámaras de tesoro, templos y armerías, y por algún motivo no eran demasiado populares entre los locales.

El escuadrón de Ziya no estaba en su mejor momento. Luki estaba en la enfermería con una herida de Pinzaespina en... una zona delicada. La maestría de Zuzak con las bombas no se había extendido a las mechas. Strax, desobedeciendo las órdenes de Ziya, había intentado robar a un pandaren viajero solitario que resultó ser un monje del Shadopan sin el más mínimo sentido del humor.

Arko, que no hacía más que prenderse fuego a los ropajes con sus propios hechizos, era el último superviviente. Ziya no tenía ni idea de cómo.

—¡Sí! —dijo el pequeño mago—. Va a ser una noche larga. Tú has visto muchas cosas, ¿no? ¿Qué tal una historia de guerra?

—¿Qué guerra? —Ziya soltó un bufido. Una ráfaga de viento frío se elevó desde el océano y le dio de lleno en la cara. Con los ojos llorosos, Ziya fulminó con la mirada el distante, reluciente y cálido superzepelín del príncipe mercante Gallywix que se sobrevolaba las oscuras olas.

Gallywix, para sorpresa y horror de sus goblins de Pandaria, había decidido supervisar personalmente la Iniciativa escuadrón de saqueo para "inspirar" a sus tropas. Pero lo único que había inspirado hasta el momento, como de costumbre, era desprecio. Incluso desde donde se encontraban, se podía oír de vez en cuando la música festiva proveniente del océano.

Arko estaba temblando, por lo que se acercó a ella en busca de un poco de calor. Ziya hundió con aire despreocupado una daga en la arena que los separaba.

—¿A qué te refieres con: qué guerra? —dijo Arko, observando con tristeza la daga.

Ziya suspiró. Incluso para ser un goblin, estaba muy verde.

—Veamos —contestó ella, envainando su daga y contando con los dedos—. Me he enfrentado a la Alianza, a cultores Crepusculares, a elementales, a no-muertos, a mántides, al sha, a un dragón, una vez. Ah, y a Gallywix cuando trató de esclavizarnos a todos... vaya, me he quedado sin dedos.

—Va a ser una noche larga —repitió Arko—. Vamos, Sargento.

Ziya entornó los ojos.

—Bueno, pero nada de historias de guerra —contestó.

—¿Por qué?

—Porque —añadió mientras jugueteaba con el anillo que llevaba colgado del cuello— esas son historias personales. ¿Qué tal... la historia de Rakalaz? ¿La conoces?

—No.

—Eres un chico de la superficie, ¿eh? Yo crecí en Pyrix, una de esas ciudades de los sumideros de Minahonda que nadie conoce...

—¡Yo la conozco! —añadió Arko con amabilidad.

—Genial —contestó Ziya—. Cállate y escucha.

—Hace cien años, el príncipe mercante Leeko estaba enviando a kaja'mineros a zonas más profundas que nunca. Tenías que haber encontrado toda una vagoneta de mena para que tus sobrestantes te permitiesen volver a casa. Bastante tarde una noche, en plena oscuridad, un minero llamado Miz destruyó lo que creía que era un muro de roca y encontró...

Ziya hizo una pausa. Arko no había hablado. Incluso el viento se había calmado. Pero creyó que había oído el eco susurrante de sus palabras unos instantes después de pronunciarlas.

—Un agujero. N... no —continuó Ziya, recordando en ese momento lo que odiaba esa historia cuando era niña—. Un vacío. Y al fondo, dos lunas, pálidas y redondas. Eran los ojos de Rakalaz, que le observaban.

El oleaje se elevaba en la costa. Arko tragó saliva. Ziya se humedeció los labios y continuó:

—Soltó un rugido y comenzó a trepar hacia...

Ziya se había puesto en pie de un salto con sus dagas apuntando a sus antebrazos antes de saber siquiera por qué.

Las estrellas se habían desvanecido.

—¿Qué? ¡¿Qué pasa?! —gritó Arko.

Ziya sonrió a su pesar. Probablemente Arko pensó que Rakalaz les atacaba.

Sintió cómo el frío le recorría la espalda.

La costa había desaparecido, las olas se habían detenido. El aire era rancio, oleoso y familiar.

Era el olor de Minahonda.

Como invocada por la historia, una mano pálida gigantesca de ocho dedos surgió explosivamente del suelo a unos veinte metros de distancia y agarró la arena. Rakalaz se elevó, sus ojos refulgentes de reptil observaban a ambos por separado.

La mente de Ziya aullaba, pero su cuerpo agarró a Arko por los ropajes.

—Haz una señal al zepelín —le susurró al oído. Rakalaz luchaba para liberarse la pierna, lanzaba zarpazos contra ellos, pero fallaba. Aullaba y despedía un aliento tan pestilente como el de un millar de basureros de Minahonda.

Arko gimoteó, pero no se movió.

—¡Arko! —gritó Ziya—. ¡Dile a los del superzepelín que estamos aquí! Puede que haya alguien lo bastante sobrio como para enviar refuerzos. ¡Cuidado!

Agarró al diminuto Arko, se giró y aprovechó el peso de este para apartarlos a ambos. Las garfas se incrustaron en la sólida roca en el lugar en el que se encontraban hacía un instante, y arrancaron un pedazo del acantilado.

Arko fue el primero en levantarse, sin poder evitar tambalearse. Estabilizó los pies y comenzó a canturrear para invocar una bengala arcana, trataba de invocar la salvación entre sus palmas ahuecadas.

Entonces cometió el error de mirar a Rakalaz. Se dirigía hacia él con la mandíbula abierta de par en par, desde la que corrían unas densas babas negras.

Arko soltó un alarido, lanzó la bengala sin terminar al aire, y salió corriendo por la playa.

Ziya le observó alejarse. Entonces miró el pequeño resplandor generado por la bengala justo antes de que se apagase.

—Genial —dijo.

La mano de Rakalaz se cerró casi con delicadeza a su alrededor y la elevó, a pesar de su lucha, en dirección a su húmeda mandíbula.

Una piedra apareció de pronto proveniente de la oscuridad y acertó contra uno de los ojos de luna. La mano que sostenía a Ziya se abrió espasmódicamente, y Ziya cayó... sobre unos brazos peludos.

—Hola —dijo la pandaren, dejándola en el suelo con una fortaleza que parecía no suponerle esfuerzo alguno. Miró hacia Rakalaz y dijo:

—Creo que a este no lo conozco.

—¿Qué?

—A este personaje —añadió su salvadora, con las zarpas en jarras, mientras observaba la pesadilla juvenil de Ziya con ojo profesional. Rakalaz soltó un gruñido y dirigió el ojo bueno hacia ambas, tal vez tratando de dar con la manera de devorarlas a la vez—. Estabas contando una historia y de pronto apareció, ¿verdad? Por curiosidad, ¿cómo acaba la historia?

—¿Hablas en serio? —Ziya miró hacia el superzepelín. Sorprendentemente se dirigía hacia ellos lentamente.

—Casi siempre —contestó ella— Rápido ahora.

—Miz le lanzó su último cartucho de dinamita a la garganta.

La sonrisa suave de la pandaren se desvaneció.

—Ah, una historia goblin —dijo—. Evidentemente tenía que acabar con explosiones. Que no se te caiga.

Ziya se estremeció. De pronto su mano derecha le pesaba más. Y sintió un chisporroteo.

Una tranquila certeza la invadió por completo. Había crecido con esa historia. Se había visto en el lugar de Miz; se había imaginado el momento con el vívido terror de una niña.

Sin pensarlo ni un instante, tomó impulso y lanzó la dinamita de la historia al interior de la garganta cavernosa de Rakalaz.

Rakalaz la miró fijamente, sin comprender, y tragó. Los ojos de Ziya viajaron desde la criatura hasta su palma ya vacía.

—¿Mm? —balbuceó de forma ininteligible.

La zarpa de la pandaren apareció de algún lugar cerca de los pies de Ziya y la lanzó hacia la arena.

Tras un corto e interesante periodo de tiempo en el que reinaron el estruendo y las salpicaduras, Ziya levantó la cabeza. Los restos carbonizados fueron desapareciendo mientras los observaba. El agujero del suelo se iba cubriendo de arena. Pronto pareció que no había sucedido nada en ese lugar.

Las piezas encajaron.

—Lo he hecho yo —dijo.

—Sí —contestó la pandaren, mientras se levantaba y se sacudía la arena con grácil precisión. El superzepelín de Gallywix estaba ya tan cerca que podían ver los toboganes de ron y los jacuzzis de néctar del interior de los niveles inferiores de la nave—. Comenzaste una historia y la has acabado. En eso consiste contar historias, lo demás son tonterías.

—Pero hemos sobrevivido.

—¿Y bien? —dijo la pandaren mientras miraba con desaprobación el superzepelín.

—Miz no sobrevivió a la explosión en la historia.

La pandaren sonrió. Tenía los dientes afilados y blanquísimos.

—Bueno, me alegro de que no me lo dijeras antes.

Algo no iba bien.

El superzepelín sobrevolaba las olas. Los focos se desplazaban entre Ziya, la pandaren Shuchun y el agujero que había hecho Rakalaz en el acantilado.

Shuchun era una eremita, una ocupación que Ziya no comprendía bien. Los eremitas contaban historias. Buscaban artefactos antiguos de Pandaria. Y si Shuchun servía de ejemplo, hablaban despacio y sonreían mucho.

Rodeada por el llameante círculo de luz, la eremita miró hacia arriba, le dio otro bocado a su rollito frío de ave silvestre, y masticó concienzudamente.

—Deberías salir de aquí —dijo Ziya—. Gallywix está ahí mismo. En cualquier momento podría darle por lanzarnos megabombas solo por diversión.

—¿Ah, sí? —contestó Shuchun, mientras tragaba—. He oído hablar de él. Pero creo que me voy a quedar.

—¿Por qué?

—Esperemos que no lo descubras.

Se sentaron mientras reinaba un silencio incómodo. Por fin, Ziya dijo:

—Gracias por el rescate. Tal vez debería decirte que...

—¿Que estás aquí para robar tesoros y artefactos? —interrumpió Shuchun—. Ya lo sé. He venido a impedírtelo.

—¡Pero me has salvado!

—He dicho a impedírtelo, no a matarte —aclaró Shuchun amablemente.

—Ah. ¿Y cómo hice aparecer a Rakalaz?

—Magia —contestó Shuchun.

—Magia.

—Sí, magia —la eremita asintió—. Me alegro de que lo tengamos claro.

—¡Pero eso no explica nada!

—Te acuerdas —inquirió Shuchun— cuando te dije que esperaba que no descubrieras por qué sigo aquí, ¿verdad?

—Sí. Lo has dicho hace como unos diez segundos.

—Bueno, pues lo digo de verdad, de verdad de la buena.

Una soga se desenroscó desde la cubierta distante formando una espiral irregular, hasta extenderse completamente a tan solo unos metros. Desde lo alto, una figura oscura saltó por encima de la barandilla y descendió a toda velocidad agarrándose con tan solo una mano.

A mitad de camino, Ziya soltó una maldición. No se trataba de un asesino, ni de un matón, ni de ningún otro criminal a sueldo. Esto era algo peor.

Druz, el déspota jefe de Gallywix, posó los pies en la arena. Su armadura de cuero estaba hecha a medida, como si se tratase de un traje. Llevaba una caja estrecha bajo el brazo musculado.

Se decía por ahí, que Druz había crecido con Gallywix en Kezan. No tenía mala fama, porque nunca le habían cazado haciendo nada realmente horrible. Pero a veces, a los enemigos de Gallywix les ocurren cosas terribles, y Druz siempre era uno de los primeros en expresar sus condolencias.

—Sargento —dijo Druz, haciendo un gesto con la cabeza a Ziya—, eremita Shuchun. Un momento, por favor.

Se arrodilló en la arena y abrió la parte trasera de la caja delante de ellas. Sonó un ligero clic tras la pared de cuero.

Ziya soltó un ligero quejido. Ese era otro detalle inquietante. Druz siempre parecía saber demasiado de todo el mundo. Nombres, rangos, fortalezas, debilidades... No estaba muy segura de si se trataba de investigación, espionaje o magia.

No le sorprendió que el déspota llamase a la eremita por su nombre. Probablemente conociera los nombres, la talla de calzado y la bebida favorita de todos los habitantes de Pandaria.

—Vi a Rakalaz desde el puente —dijo Druz mientras seguía manipulando la caja—. Menudo bicho. Odiaba esa historia cuando era niño.

Clic. Clac-clic.

—Bueno —concluyó finalmente—. Gracias por rescatar a nuestra empleada, eremita. Que pases buena noche.

Y esperó. La sonrisa de Shuchun se hizo aún más amplia. Druz hizo un gesto con la cabeza y extendió el brazo para sacar algo de la caja. Ziya agarró instintivamente sus dagas...

Druz lanzó una bolsa enorme de oro, o eso creyó Ziya a juzgar por el sonido tintineante que emitía, a los pies de la eremita.

—Evidentemente, hay una recompensa. Mis saludos para la pequeña Fen. Tengo entendido que pronto será su cumpleaños.

—¿Eso es una amenaza? —contestó Shuchun con tono calmado. Y se levantó lentamente.

Druz suspiró.

—No. Era mi forma de ser amable. Te ofrezco una recompensa. Te despido con mis mejores deseos para tus seres queridos. Era completamente lo opuesto a una amenaza.

En un instante, Druz sacó un gran rifle de la caja, lo apuntó hacia Shuchun y lo amartilló. Las armas surgieron por ambas partes con la presteza de una máquina bien engrasada.

—Ahora sí —dijo—, esto es una amenaza. Así que lo repetiré: coge tu recompensa y lárgate.

—Lo has visto, ¿verdad? —inquirió Shuchun.

—¿Que si he visto qué? —contestó Ziya.

—Hay una puerta dorada detrás del agujero del muro —contestó Druz, señalando el lugar en el que Rakalaz había destrozado el acantilado. El peso del arma que sujetaba con una mano no parecía importarle—. Y nos la vamos a quedar, igual que lo que sea que haya en su interior.

—Me da igual el arma con la que decidas apuntarme —dijo Shuchun, mientras movía un pie hacia atrás con lenta elegancia—. No pienso dejarte entrar en la cámara de conocimiento.

—Mira —añadió Druz con aire razonable—. Pongamos las cartas sobre la mesa. Parece que hay un arma ahí dentro que puede hacer que aparezcan monstruos de la nada. La queremos, y no merece la pena que pierdas la vida por ello.

—Te detendré si tengo que hacerlo —replicó Shuchun.

—Vale. Supongamos que acabas conmigo. —Un foco de la nave le iluminó de lleno, por lo que entornó los ojos—. El superzepelín va a acribillar la zona a cañonazos hasta que consiga acceder a la cámara. De todos modos sales perdiendo.

Apareció una daga en su garganta.

—Me da la extraña sensación —le dijo Ziya— de que la vas a disparar en cuanto se dé la vuelta.

—Probablemente no —contestó Druz. Pero no bajó su arma.

—Ese "probablemente" no me resulta muy tranquilizador. Digamos que me ha caído bien. Además, me da también en la nariz que pretendes entrar solo en la cámara.

—Sí. ¿Y?

—Pues está el pequeño detalle de mi recompensa por haberla encontrado.

—Tu escuadrón aún no ha encontrado nada.

—Exacto.

Shuchun observó con curiosidad a la pareja mientras discutía sobre obligaciones contractuales y tasas de peligrosidad. Se volvió a sentar; se comió un par de albóndigas de curry que llevaba en la bolsa, y esperó, ignorando por completo el inmóvil cañón del arma.

Finalmente, dijo:

—No es una cámara.

Su voz, firme y profunda, cortó la discusión con la eficacia de un filo incandescente. Ambos goblins se giraron para mirarla.

Druz la observó con patente sospecha.

—Pero dijiste que...

—Dije que era una cámara de conocimiento. Utiliza historias pandaren a modo de trampa para proteger artefactos peligrosos. No quiero ni pensar lo que le ocurriría a cualquiera que entrase ahí sin la guía adecuada. ¿Una albóndiga de curry? —ofreció, extendiendo la mano en la que sostenía una.

—¿Me estás ofreciendo tus servicios? —preguntó Druz.

—¿Por dinero? Desde luego que no —contestó Shuchun—. Pero sin mí, ambos seréis devorados, o algo peor. Así que, os llevaré dentro y trataré de convenceros de que esto es un error.

La eremita miró fijamente el rifle y después la daga, hasta que ambos goblins bajaron sus armas. Entonces, sonrió, se puso en pie y comenzó a narrar la historia con una voz potente que se superpuso al rugido de las olas.

—La eremita estaba decidida —comenzó—. Se giró hacia la cámara de conocimiento, que al reconocerla por lo que era, se abrió.

El acantilado se abrió con un estruendoso chasquido, y desprendió grandes cantidades de arena y de pedazos de roca.

En la oscuridad del interior había una puerta dorada redonda lo bastante grande como para que un dragón la atravesase volando. Hasta el último recodo de la superficie estaba cubierto de figuras grabadas, miles de personajes en miles de historias, una tras otra. El delirante despliegue de focos que bañaba la puerta hacía que diera la sensación de que las figuras se movían...

La puerta giró y se abrió revelando unas escaleras que descendían hacia un piso inferior.

La eremita Shuchun caminó delante de los dos goblins y avanzó por el curvado pasadizo de piedra. Una vez que había quedado claro que nadie iba a traicionar a nadie de manera inminente, los goblins se relajaron. El aire permanecía en calma y templado. Como expectante.

Ziya rompió el silencio:

—No lo entiendo.

—¿El qué? —preguntó Druz.

—A ti. Eres reservado y competente. ¿Cómo acabaste trabajando para "Hola, he tallado mi cara en una montaña" Gallywix?

—Sr. Gallywix —corrigió Druz—. O príncipe mercante Gallywix. Nunca Gallywix a secas. Y puede que tú no le conozcas tan bien como yo.

—No hay nada que conocer —replicó Ziya—. Es un monstruo. No tiene dos dedos de frente.

—Claro —añadió Druz—. Y sin embargo, de algún modo, consigue mantenerse en el poder a pesar de que la mayoría del resto de príncipes mercantes y goblins quieren verle muerto. Hasta su propia madre intentó matarle en dos ocasiones. Da que pensar.

El camino giró de pronto hacia la derecha. Poco a poco, las suaves paredes se convirtieron en muros dentados de ladrillos antiguos. De las grietas manaba un lodo pestilente. Ninguno de los goblins se dio cuenta. Shuchun hizo una mueca al observar el techo.

—De eso nada —espetó Ziya—. ¡Nos esclavizó cuando abandonamos Kezan! ¡A su propio pueblo!

—No fue culpa suya que no tú no tuvieras tu propio barco —contestó Druz—. Además, tú conseguiste luchar por tu libertad. Hiciste bien. Y estoy seguro de que ahora ya no te fías de cualquiera así como así.

La suave curva se convirtió en una intersección en cuatro direcciones. Shuchun giró a la izquierda sin vacilar y los goblins la siguieron.

—Esa es otra cuestión —gruñó Ziya (sabía que en eso él tenía razón) —, pero ¿estás seguro de que quieres entregarle esta arma, sea lo que sea, a Gallywix? Sabiendo lo que le gusta hacerle la pelota al lunático de nuestro Jefe de Guerra...

—Sr. Gallywix —puntualizó Druz con aire de reprobación—. Y entre tú y yo, y nuestra guía, buscamos ventaja, no poder. Al principio buscábamos la paz entre la Horda y la Alianza, aunque después de lo de Theramore...

—Paz —dijo Ziya—. Gallywix quiere la paz entre la Horda y la Alianza.

—Sí —contestó Druz, y levantó las cejas ante el tono iracundo de la voz de Ziya.

—¡Pero si son peores que él! Si volvemos ahora, nada habrá...

—Espera —la interrumpió Druz. Habían cruzado ya varias intersecciones sin detenerse—. Eremita, ¿dónde estamos?

—En una historia —contestó Shuchun con la vista clavada en el suelo.

—¿En cuál?

—En una que no es precisamente feliz, si no me equivoco —explicó ella, mientras reducía el paso para permitir que los goblins la alcanzasen—. Pero quiero asegurarme antes de... Bueno, es igual —señaló—. Estoy segura.

Sus pasos resonaban delante de ellos. De algún modo habían estado avanzando en círculo, pero había algo extraño en todo ello.

Resonaban otros pasos que aceleraban el ritmo tras ellos, asimétricos y temibles. Y si habían estado avanzando en círculo...

—No os volváis —les dijo Shuchun.

—Pero... —replicó Ziya, mientras sentía que el terror le avanzaba por la columna vertebral. Los pies ansiosos golpeaban la piedra tras ellos, cada vez más cerca.

—No os volváis —repitió—. Porque este es El Laberinto del Emperador Loco Ku. El emperador Ku —continuó la eremita Shuchun— estaba sometido a sus temores. Creía que los mogu iban a regresar. La confusión de su paranoia le hacía ver traición tras cada sonrisa, un complot tras cada reverencia de devoción y trampas arteras en las benignas profecías de los oradores del agua jinyu. Por lo que hizo construir un laberinto bajo su palacio con una cámara segura en el centro. Cuando el temor volvió a asaltarle, Ku huyó a la sala, cerró la puerta y esperó a que el terror remitiera. Pero nunca volvió. El laberinto se había construido de manera tan magistral que el Emperador no consiguió recordar el modo de salir.

Mientras se mordía el labio de forma inconsciente, Druz trató de girar la vista hacia...

Sin apartar los ojos del túnel que tenía delante, Shuchun le golpeó en la oreja.

—Ay. No vuelvas a hacer eso.

—¿Qué más te da? —contestó tranquilamente Shuchun, y su voz se superpuso a los gruñidos que soltaba la criatura que se les acercaba—. Total, no la estás usando para escuchar. No. Te. Vuelvas.

—¿Por qué?

—Creo que está intentando decírnoslo —añadió Ziya, con los ojos cerrados ya fuera por miedo o en actitud de oración.

—Las partidas de búsqueda a veces le oían llamar —continuó Shuchun—. Pero pasaron los años. De vez en cuando algún explorador accedía al laberinto y salía corriendo despavorido, gritando, ya que el tiempo que Ku había transcurrido en la oscuridad le había transformado en algo terrorífico para la vista...

—¿Qué hacemos? —susurró Ziya. Se oían garras que arañaban los muros detrás de ellos. La boca recta de Druz dejaba entrever un gesto tenso, y no apartaba las manos del rifle enfundado.

—Estamos reviviendo la historia —dijo la eremita—. Un pequeño llamado Li Tao persiguió a su cachorro de bandipache hasta el laberinto. Pronto se dio cuenta de que le estaban siguiendo.

Una enorme cabeza colgaba más allá de los límites de su campo de visión. La respiración lenta y sollozante impregnaba de calor y de un hedor amargo sus rostros.

—A pesar de que estaba demasiado aterrado como para mirar, el pequeño Li Tao comprendió que aquí había alguien aún más asustado que él. Así que extendió la mano hacia atrás...

Ella extendió su mano. Una enorme zarpa deformada se cerró sobre ella con delicadeza.

—... Y guió al pobre emperador Ku hasta la salida del laberinto.

De pronto la luz solar, blanca y cegadora, apareció delante de ellos. Ziya y Druz deseaban a toda costa un poco de tranquilidad, por lo que aceleraron el paso en dirección a la luz.

Llegaron a la zona iluminada. Y ambos goblins se estremecieron al mismo tiempo.

El Emperador había desaparecido. Igual que el laberinto. La eremita Shuchun miró con tristeza su zarpa vacía.

—El miedo y la paranoia convierten a nuestros enemigos en monstruos —sentenció con voz suave—. Alguien tiene que ser el primero en tender la mano.

Continuaron avanzando en la zona iluminada, seguían los pasos de la eremita.

—¿Dónde estamos? —preguntó Druz.

—En la cámara de conocimiento —contestó Shuchun.

—Muy útil —espetó Ziya—. ¿En qué historia? ¿En "La luz del eterno aburrimiento"?

—A mí me gusta el aburrimiento —contradijo Druz—. Es muy raro que trate de matarte.

—Sí, estoy segura de que vives una vida peligrosa —respondió Ziya.

Druz levantó una ceja.

—¿Quieres decirme algo?

—Pues ya que lo preguntas, sí —respondió Ziya, girándose hacia él—. A ti te resulta fácil hablar de paz. Llevas años viviendo a todo lujo con Gallywix mientras yo he estado en campos de batalla. Todos mis compañeros están muertos. La paz no es posible, Druz. ¡Si hubieses luchado tan solo una vez en las primeras líneas de fuego, lo sabrías!

La luz parpadeó suavemente una vez. La eremita Shuchun se detuvo y olisqueó el aire.

Ziya agarró el anillo que llevaba colgado al cuello hasta hacerse daño, esperaba que Druz la gritase. Quería que lo hiciera. Pero en vez de eso, suspiró.

—¿Recuerdas las Guerras Mercantes, Sargento? —dijo.

—Ca... casi nada —balbuceó Ziya—. Era demasiado joven.

—Yo no. Los cárteles enfrentándose entre sí. Los hermanos luchando contra sus hermanas. Entonces no trabajaba para el Sr. Gallywix todavía, como ya sabes. Y tienes razón, nunca he visto la primera línea de fuego, porque en las Guerras Mercantes no había frente. Luchábamos en túneles y almacenes por toda Minahonda. Las emboscadas no eran maniobras de ladrones sofisticados en campo abierto, sino un malnacido que le daba una patada a una pared que creías que era sólida. Pero evidentemente, la Guerra de la Paz fue peor.

En ese momento la luz parpadeaba más rápidamente. Druz miró a su alrededor, y sacó el rifle mientras hablaba.

—Es imposible detener la guerra, Sargento. Al menos durante mucho tiempo. Siempre vuelve. Y el Sr. Gallywix siempre gana. A veces por colocar la bomba adecuada en el momento adecuado. Otras veces gracias a una alianza con un bobo poderoso. Y en otras ocasiones podemos usar un arma terrorífica como elemento disuasorio.

—Y ahora tu maestro estratega cree que la paz es lo mejor —dijo Ziya entornando los ojos con desaprobación.

—Exacto —contestó Druz con calma.

—Imposible —contradijo Ziya—. Si la Alianza no acaba con los miembros de la Horda uno por uno, nos esclavizará como hizo con los orcos.

—La verdad —dijo Druz— es que estoy de acuerdo contigo.

—¿En serio?

—Sí. Nunca he visto al Sr. Gallywix equivocarse, pero la verdad es que no apostaría ni una pieza de oro a favor de que consiga la paz. Es capaz de enemistar al resto de príncipes y princesas mercantes entre ellos y aun así quedar como pacificador y bienhechor, pero ¿con los piel rosada y sus aliados? Creo que deberíamos seguir luchando.

—Alto —interrumpió la eremita Shuchun. Y a pesar de la suavidad que le imprimió a su tono, la palabra mantenía la cruda potencia de una orden. La luz que los rodeaba resplandecía ya como un fuego fuera de control, de un blanco sangrante. El calor se cernió sobre ellos como una manta seca y áspera. El vacío blanco se transformó en dunas que se curvaban en todas direcciones. Un desierto infinito.

Un guantelete formado de arena surgió de la duna más cercana. Después emergió otro. A continuación siete más.

—Me lo imaginaba —dijo la eremita Shuchun, satisfecha—. Esta es una de mis favoritas. "Di Chen y el desierto": el orgulloso Di Chen era el mejor luchador de su tiempo. No había monje que lo superase. Esquivaba flechas en vuelo con una facilidad pasmosa. Las montañas no eran más que ligeros inconvenientes que podían saltarse o patearse.

Se aburría horribilmente. Tanto, que en su desesperación, Di Chen le pidió a Lui Ka, la bruja del desierto, que le ofreciese un auténtico desafío.

Divertida ante su arrogancia, la bruja le concedió el deseo: se enfrentaría al propio desierto. Cada grano de arena se convirtió en un guerrero empeñado en matar a Di Chen.

Los guerreros comenzaron a acorralarle. Parecían mogu, con armadura de placas y guanteletes en las manos.

—Así que estos tipos están empeñados en matarnos —interrumpió Druz arrugando la nariz.

—Sí, claro —contestó Shuchun.

—Bien —añadió Druz, y disparó. Sus cabezas de arena estallaron—. Empezaba a creer que me había traído el arma para nada. ¿Sargento?

—Estoy en ello —contestó Ziya. Druz se apoyó sobre una rodilla para recargar, y Ziya saltó sobre su ancha espalda y clavó sus dagas en el pecho del guerrero más cercano. Este tropezó y se derrumbó, quedó reducido a una montaña de arena. Lanzó una de las dagas contra el rostro que gruñía detrás de esta, y se lanzó hacia el enemigo en plena desintegración para recuperar el arma, se encogió, y saltó justo en mitad de los tres restantes. El acero formó una espiral, y los soldados cayeron hechos pedazos.

Una brisa cálida se arremolinó en el vacío desierto. Ziya volvió con una sonrisa dibujada en el rostro, mientras envainaba sus dagas...

Otros treinta guerreros emergieron de las dunas, lanzando gritos de rabia y de odio.

—Vuelve conmigo, Sargento —dijo Druz, cerrando la cámara del rifle. Ziya, decidida, se puso a su lado y esperó con las dagas preparadas.

—Aún no os he contado el final de la historia —dijo la eremita Shuchun.

—Con todos mis respetos, eremita —contestó Druz mientras disparaba de nuevo. Cayeron dos guerreros. Y surgieron otros tres—, ¿te parece el momento adecuado?

Shuchun se encogió de hombros y fue a sentarse a una duna cercana. Mientras canturreaba, buscó en su bolsa y sacó una manzana, le dio un buen bocado y observó la lucha con interés. Un solo guerrero se lanzó contra ella, gruñendo, pero ella le mostró las zarpas abiertas. El monstruo se detuvo y se convirtió en arena inerte. Ninguna criatura más la molestó.

Pasado el tiempo, tiró el corazón de la manzana y frunció el ceño.

—Algo va mal —les advirtió.

—¿De verdad lo crees? —Las dagas de Ziya se clavaban en la arena a una velocidad vertiginosa—. ¡Vamos, al suelo, lakratz asqueroso! ¡Al suelo!

Shuchun se rascó la cara, desconcertada, después chasqueó los dedos.

—Eso es —añadió con satisfacción—. En la historia, los guerreros del desierto tenían armas.

—¿Qué? ¡Druz! ¡Al suelo! —gritó Ziya. El arma de hierro de uno de los guerreros cortó el aire y se clavó en la arena.

—Ahora sí —dijo Shuchun. Ahora todos los guerreros tenían una gran variedad de espadas, mazas y armas de asta. La eremita apoyó la barbilla sobre sus zarpas y continuó observando.

—¿Has hecho tú eso?! —le increpó Druz entre disparo y disparo.

—No —contestó Shuchun—. Ha sido la historia.

—¡Y tú! ¡Y tú!

—Bueno, puede que tengas razón —aceptó Shuchun—. Pero también podía haber mencionado que sus armas estaban impregnadas de fuego...

¡FLASH!

—¡Aah!

—Lo reconozco eso ha sido un error por mi parte —admitió Shuchun, mientras el resplandor del fuego brillaba anaranjado en sus palmas levantadas—. Me quedaré callada. Continúa.

Pasaban los minutos, impregnados de gruñidos, rugidos y acrobacias imposibles. Por fin, Shuchun se levantó y se dirigió hacia la duna en la que se desarrollaba la batalla.

—Cada grano de arena se convirtió en un guerrero feroz empeñado en matar a Di Chen — retomó, mientras apartaba a los soldados sin prestar atención. Estos se detenían, confundidos, como si no pudieran verla—. La batalla terminaría cuando Di Chen admitiese que existían algunos desafíos demasiado difíciles incluso para él.

Llegó hasta el centro de los centenares de soldados. Druz y Ziya permanecían espalda contra espalda, completamente rodeados. Las armas ardientes volaban por los aires.

—¿Nos estás diciendo —inquirió Ziya— que tenemos que rendirnos?

—Esa es una opción —contestó Shuchun.

—A mí me parece bien —dijo Druz, y tiró el arma. Ziya hizo rápidamente lo mismo.

El viento aullaba desde lo alto, impregnado de las carcajadas de la bruja del desierto, y se llevaba a los guerreros grano a grano. Los goblins observaron su partida.

—Lo podías haber dicho —refunfuñó Ziya.

—Intentó contar el resto de la historia —puntualizó Druz, mientras se inclinaba a recoger el arma con una sonrisa en el rostro—. Queríamos luchar...

Se detuvo y lanzó una mirada a Shuchun con aire de sospecha.

—Espera. Antes de todo esto, estábamos hablando sobre la necesidad de seguir luchando. Y acabamos en una batalla imposible.

Ziya abrió la boca con estupor.

—Estábamos hablando de monstruos y que no hay marcha atrás, ¡y de pronto un monstruo nos perseguía en un laberinto!

—Eremita —dijo Druz con voz tensa—, ¿al discutir creamos trampas?

—Por supuesto —afirmó Shuchun, con el rostro impertérrito, como una máscara—. Creí que lo sabíais.

—¿Cómo lo íbamos a saber?

—Cuando mi pueblo se enreda en una discusión que les divide, llaman a un eremita —explicó Shuchun—. Yo escucho a ambas partes y luego les cuento una historia que pone a prueba sus opiniones. ¿No es eso lo que estabais haciendo?

—¡No!

—Ah —comprendió Shuchun.

—¡Podríamos haber muerto!

—Nunca —contradijo la eremita—. Después de todo, Di Chen no sufrió ni un rasguño... en la historia.

—¿Qué le pasó finalmente? —se interesó Ziya—. ¿También se rindió?

El viento volvió a levantarse y la gran circunferencia del sol se expandió sobre ellos: una extensa manta de luz blanca. Shuchun negó con la cabeza y señaló a una figura sobre una duna distante. Observaron y distinguieron que golpeaba con el puño cansado a un guerrero que se convirtió en arena.

—Sigue peleando —explicó—. Siempre hay razones para luchar. La clave está en saber cuándo parar.

Los goblins permanecieron en silencio, hombro contra hombro en el centro de una pequeña sala blanca.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Druz entre dientes.

—La cámara de conocimiento está esperando a que habléis para crear el desafío definitivo —contestó Shuchun mientras se apoyaba contra el muro.

Druz asintió con la cabeza.

—Justo lo que pensaba —añadió, y volvió a quedarse en silencio. El tiempo pasaba.

Finalmente, Shuchun sintió lástima.

—Podéis hablar de vuestro mutuo amor por las puestas de sol —dijo.

—¿Y eso podría convertirse en alguna historia?

Shuchun pensó un momento.

—En varias —aseveró.

Silencio.

—No lo entiendo —dijo Ziya. Druz le dio un codazo, pero ella ignoró el gesto—. ¿Por qué los pandaren usan historias para resolver sus problemas?

—No solo somos nosotros —corrigió Shuchun—. Todas las razas tienen historias que se cuentan una y otra vez. Nos gustan porque dan respuestas sencillas que nos ayudan a encontrar las más complicadas. Pero las historias son peligrosas.

—¡No me digas! —exclamó Druz. La eremita sonrió.

—Algunas veces se nos olvida que las historias rompen las reglas —dijo Shuchun—. Las respuestas sencillas no toman en cuenta las consecuencias, y hay muchas.

—Ya lo entiendo —dijo Druz—. Tu artefacto es una respuesta sencilla. Pero tú eres neutral, eremita. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de... Tenemos que tomar decisiones dif... Maldita sea.

Por debajo de sus pies, en lo más profundo de lo que había sido un suelo blanco y opaco, algo oscuro y terrorífico se movió.

—Sabías que iba a pasar esto —dijo Druz.

Shuchun se encogió de hombros.

—Yo no te obligué a entrar en la cámara de conocimiento —contestó ella.

—¿Qué historia es?

Shuchun observó a la aberración que se desenroscaba bajo sus pies.

—Diría que se trata de "Las arañas de Te Zhuo" —aventuró.

Druz y Ziya cerraron los ojos. La nube negra que se extendía bajo ellos tomaba la forma de miles de cuerpos diminutos, aunque no lo suficiente, que se desplazaban hacia la luz de más arriba.

—¿Qué tal se te dan las arañas? —preguntó Ziya.

—No muy bien. ¿Eremita? ¿Hay alguna posibilidad de que pasemos directamente a la moraleja de la historia? ¿Algo sobre las acciones y sus consecuencias? Lo pillamos.

—¿De verdad? —preguntó amablemente Shuchun. Siguen viniendo.

Las paredes blancas se arremolinaron y desaparecieron como las nubes grises en mitad de una corriente de aire. Los goblins y la eremita permanecieron sobre roca, sobre una plataforma en el centro de una enorme sala llena de ruidos. Miles de patas correteaban hacia arriba desde lo más profundo, y sombras enormes rodeaban en la oscuridad la plataforma a toda velocidad.

—Bueno, cuéntenos el final de la historia —dijo Druz mientras apretaba los dientes—. Haz que pare.

—Eso va a ser problemático— reconoció Shuchun—. Ningún explorador ha salido nunca del templo perdido de Te Zhuo, se trata más bien de una historia preventiva que de una historia de verdad.

—¿Una historia preventiva sobre no entrar en un templo en el que ya hemos entrado? preguntó Ziya con tono fatigado.

Shuchun sonrió.

—Espera, un momento —dijo Druz—. Nadie ha vuelto, ¿verdad? Así que no se ha encontrado ningún cadáver.

Shuchun inclinó la cabeza.

—¿Y bien?

—Entonces, ¿cómo sabemos que es un mal lugar? —preguntó Druz—. Podría ser que el interior sea tan maravilloso que nadie quiera salir.

—Sin duda, es posible —aceptó Shuchun mientras Ziya se tapaba la cara con las manos—. Excepto por el hecho de que la historia lleva a las arañas en el título por algún motivo.

—Ah —comprendió Druz. Él y Ziya se acercaron y se colocaron hombro contra hombro, sin necesidad de que mediase una sola palabra.

—Bueno —continuó Shuchun—. No he dicho que nunca se supiera nada de los exploradores. Se les oía gritar.

—Deja que lo adivine. Sus gritos hablaban de arañas —dijo Ziya.

—Desde luego que sí.

Una oleada de muerte negra surgió de forma explosiva del nido subterráneo, avanzaba con una multitud de patas peludas. Y se detuvo. Montones de ojos brillantes ardían hambrientos.

—De modo que si entramos en el sitio este de Te Zhuo —dijo Druz tras respirar lentamente para calmarse—, puede que encontremos algo. Trampas. Arañas impresionantes.

—O tal vez sirvientes de los dioses antiguos —añadió Ziya—. Están por todas partes.

—Una sola acción —continuó Druz lentamente—. Y un final: no salimos nunca de aquí.

—No hay manera de salir de esta, ¿verdad? —preguntó Ziya—. Nuestras acciones nos trajeron hasta aquí. Tenemos que afrontar las consecuencias.

—Sí —dijo Shuchun, sonriendo—. Bien hecho.

La oscuridad se cernió sobre la plataforma y se llevó a los goblins con ella.

Ziya abrió los ojos. El frío que sintió en sus mejillas provenía del suelo de mármol, amplio y pálido, que se extendía hacia...

... un pergamino colgado en la pared contraria de una cámara estrecha y sin puertas. Los fantasmas de palabras corrían por la superficie del pergamino con la velocidad del pensamiento. Era del blanco brillante de unos ojos sin pupilas, y la observaban, estaban esperando.

Shuchun caminó hasta su cabeza y le impidió la visión del pergamino, con un paso tan estudiado que pareciera fruto de un presagio.

Ziya gruñó mientras se levantaba con esfuerzo.

—¿Es esto? —refunfuñó Druz—. Se apoyaba contra el muro para reposarse, tenía peor aspecto que Ziya.

—Sí —contestó Shuchun.

¿Qué es?

—Un arma, dicen algunos —explicó Shuchun—. Otros hablan de una lección o un castigo. Lo único que sé es que los eremitas lo crearon hace mucho tiempo y que debe mantener al mundo a salvo de las consecuencias.

—¿Qué es lo que es tan peligroso? —preguntó Ziya.

—Un pergamino en blanco, cualquier pergamino en blanco, contiene posibilidades. Puede convertirse en la historia de Rakalaz —aclaró Shuchun, y Ziya miró hacia arriba. Había una grieta en el techo de la que caía arena. En algún lugar ahí arriba, había contado una historia. ¿La había escuchado el pergamino?

—O podría relatar la leyenda de un ejército infinito de soldados de arena, de una legión de arañas —continuó Shuchun— o de algo peor.

—Lo que estás diciendo es que hace que los personajes cobren vida, como hacen los eremitas, ¿no? —inquirió Druz.

—No —corrigió Shuchun—. No lo entiendes. Yo puedo invocar a Di Chen para que discuta con la bruja del desierto y se enfrente a su ejército legendario. Pero no podría hacer que se enfrentase a mis enemigos.

Druz levantó una ceja.

—¿Y esto podría?

Ziya escuchó el ansia en su propia voz. ¿Se habría dado cuenta Shuchun?

—Es posible —contestó Shuchun con calma—. Nuestras leyendas dicen que puede transformar las palabras en carne. Las esperanzas en realidad.

—Lo siento, pero a mí eso me suena a invocar —interrumpió Druz—. Los brujos lo hacen todo el tiempo. No tiene nada de malo, si pasamos por alto alguna que otra invasión demoniaca.

—¿Ah, no? —preguntó Shuchun.

Amartilló el arma.

—No. No niego que sea peligroso —aclaró Druz con tono de disculpa, su rifle apuntó a Shuchun—. Pero un arma es un arma. No dispara si no se aprieta el gatillo. Digámoslo así. Ziya, coge el pergamino.

Shuchun le lanzó a Druz una mirada tan profunda de tristeza que Ziya se preguntó cómo pudo soportarla.

—Ya os lo he dicho —insistió Shuchun—. No os voy a dejar llevároslo.

—Esto no es una discusión —dijo Druz—. Ziya. Pergamino.

—¿Crees que podrás controlarlo cuando nosotros no hemos sido capaces?

—¿Yo? —respondió Druz—. No. El Sr. Gallywix quería lo que fuese que hubiera aquí. Y lo va a tener.

—Y los goblins decidieron llevarse el pergamino —dijo Shuchun con voz queda.

Sus palabras se apresuraron en el pergamino, que parpadeó como una llama de marfil. Las paredes de la sala se resquebrajaron, y por las grietas penetró una luz blanca.

Por puro instinto, Druz apretó el gatillo.

—Por puro instinto, Druz apretó el gatillo y...

... la bala voló por los aires.

Con el pergamino en su poder, los goblins dejaron la cámara de conocimiento y entraron en los aposentos privados del príncipe mercante Gallywix.

Ziya tropezó y sintió náuseas. Druz se tambaleó hacia ella y se estabilizó apoyándose en su hombro.

¿Cómo habían llegado hasta allí? Lo último que recordaba era el rifle disparando contra el rostro solemne de la eremita Shuchun, y le parecía que había ocurrido hacía tan solo unos segundos.

Ahora estaban en otro lugar. El rugido mudo de los motores del superzepelín resonaba a través de las paredes. Ziya y Druz estaban en un lugar oscuro y estrecho. Era el taller de un manitas, con un solo taburete de madera. Un banco de trabajo. Herramientas perfectamente organizadas.

Jastor Gallywix estaba sentado en el banco de trabajo, estaba dibujando un boceto a mano alzada; y la desorientación de Ziya se desvaneció. Tan solo había sido un día largo.

Gallywix estaba más delgado de lo que ella recordaba, pero no mucho. Su barriga se desparramaba a través de un chaleco abierto. En ese entonces, también llevaba un sombrero de copa absurdamente grande, anillos brillantes y una sonrisa espantosa.

Este Gallywix no llevaba riquezas y no sonreía en absoluto. *"Puede que no le conozcas tan bien como yo"*, le había dicho Druz...

Druz se estabilizó a su lado.

—Aquí lo tienes, jefe —le dijo con decisión, y dejó el pergamino sobre el banco de trabajo. Gallywix no lo tocó.

—¿Y la eremita? —preguntó.

La culpabilidad invadió a Ziya. Había visto la bala volar por los aires. Shuchun había muerto. Tenía que haber muerto.

—Muerta —dijo Druz, pero no parecía estar seguro de su afirmación.

—Una lástima —añadió Gallywix, e hizo un gesto hacia el pergamino—. ¿Qué es esto?

—Por lo visto es una especie de portal que hace que las historias se hagan realidad —explicó Druz—. La cosa se fue de las manos antes de que la eremita pudiera explicar nada más.

El Príncipe mercante observó el pergamino. Ziya se preparó para algo terrible...

—Parece bastante problemático —sentenció Gallywix—. Lo guardaré en la cámara más profunda cuando volvamos a Azshara.

Ziya abrió la boca de par en par.

—Pero jefe —casi suplicó Druz—. Si tú no lo usas, otro lo hará.

—Ya sabes lo que te voy a contestar —dijo Gallywix, mirándole.

—Sí —admitió Druz y suspiró.

—Bien. Lo último que nos hace falta ahora es otra arma gigantesca flotando por ahí —apostilló Gallywix—. Sácalo de aquí.

—¿Y ya está? —Las palabras resonaron en la sala antes de que la propia Ziya se diese cuenta de que las había pronunciado.

Gallywix la observó. Ziya podía ver los mecanismos girar en su cabeza.

—¿Qué esperabas, Sargento? —le preguntó.

—¡Esperaba que lo usases! —rugió Ziya—. Eso es lo que se suele hacer. Las cosas se usan. ¡Eres un monstruo!

Para su sorpresa, Gallywix asintió con la cabeza.

—Sí, lo soy —dijo—. Pero no de ese tipo.

—¡Exactamente de ese tipo!

—No —insistió Gallywix—. Nunca hemos hablado cara a cara, Sargento, así que deja que me explique. No dudaré en venderte si te vuelves negligente. Te enviaré a una muerte segura si eso ayuda a los objetivos del cártel. Pero no dejaré que te maten por pura estupidez o a causa de un arma absurda que no vale para nada. Ese no es mi estilo.

Observó el anillo que llevaba colgado al cuello. Ella lo cubrió con las manos movida por un instinto de protección. Se dibujó una expresión indescifrable en su rostro.

—Por lo que a mí respecta —dijo— siento mucho lo que le ocurrió a tu marido en Hyjal. Pero no me arrepiento de nada de lo que he hecho. Así que es verdad, soy un monstruo. Pero

cuido de lo que es mío. Siempre que puedo. Y ahora mismo, eso significa esconder esta arma peligrosa antes de que otros descubran su existencia.

—Pero, evidentemente, ya había otros que sabían de su existencia —susurró la voz de la eremita Shuchun, y la habitación se cristalizó, todo se ralentizó alrededor de Ziya—. Los rumores se extendieron por todo el mundo: Gallywix ha encontrado un arma poderosa en Pandaria y se la ha quedado.

A los ojos de Garrosh Grito Infernal, Jefe de Guerra de la Horda, una traición tal solo podía explicarse de una manera: rebelión. Garrosh lideró a la dividida Horda contra Muelle Pantoque.

El superzepelín se desvaneció. La tierra firme surgió bajo los pies de Ziya.

Desde las frías alturas del palacio de Gallywix, pudo ver su casa en llamas. Druz se tambaleó a su lado, con el rostro invadido por el cansancio.

—Poneos la armadura —les dijo un déspota que estaba detrás de ellos—. Llegarán pronto.

—Las fuerzas de Garrosh cayeron sobre el palacio. Los goblins se retiraron a los corredores subterráneos para proteger la cámara y lo que esta contenía —dijo la eremita Shuchun.

Sintió que las dagas se le resbalaban de las manos, y Ziya retrocedió. Un elfo de sangre levantó una ballesta, Druz empujó a Ziya a un lado, y recibió la flecha en el hombro. Se tambaleó contra ella y soltó un gruñido; ella tiró de él.

—Pronto, los pocos supervivientes goblin se quedaron sin lugar al que huir —continuó la eremita Shuchun, con calma implacable.

Una flecha atravesó a Ziya, esta se sentó, levemente sorprendida. Druz se apoyó en ella; le costaba respirar. La antecámara de la cámara principal era una gran sala de acero, y estaba salpicada de los cadáveres de los goblins caídos. La Horda, los invasores, los acorralaban cada vez más, resistían porque sentían que la matanza estaba a punto de culminar. Reconoció a

algunos combatientes de Hyjal y de otras batallas. Si pudiese tomar aliento para hablar, estaba convencida de que conseguiría convencerles de que se estaban equivocando...

La puerta de la cámara se abrió tras ella.

La pata de un tanque araña avanzó más allá de los goblins. Otro. Y el príncipe mercante Gallywix cargó contra la masa invasora, mientras soltaba estruendosas carcajadas. Garrosh avanzó entre sus tropas, con el hacha en lo alto en su tremendo puño.

—Apartaos —rugió el Jefe de Guerra—, el traidor es mío.

—*El duelo no fue largo, pero tampoco resultó como se esperaba* —dijo Shuchun.

—Ayúdame —Druz jadeó mientras manejaba torpemente su rifle. Ziya se levantó del suelo y apuntó el cañón del arma hacia...

El duelo. El mecanotank cayó de lado tras otro golpe de hacha, saltaban chispas de sus piezas destrozadas. Gallywix estaba perdiendo. Evidentemente estaba perdiendo.

¿Por qué se seguía riendo?

Gallywix se eyectó desde las ruinas del mecanotank y se agarró a los colmillos del musculoso orco, golpeó al Jefe de Guerra con su propia frente, como el luchador callejero que fue en otro tiempo. Garrosh cayó de rodillas.

La cabeza le colgaba sin fuerza, deliraba del dolor, y Druz disparó su rifle. No acertó.

Gallywix se estremeció y cayó.

—*Y Garrosh se hizo con los tesoros de la cámara* —continuó la eremita Shuchun.

Ziya permaneció echada en un charco de sangre creciente, no estaba segura de si sería suya, mientras observaba a Garrosh arrodillarse para coger el pergamino.

—*Pasaron meses* —susurró la eremita Shuchun sobre ella—. *Y el mundo cambió.*

Ziya se rindió a la historia, cerró los ojos y...

... Se esforzó por volver a abrirlos. Le estaba entrando sangre en el ojo sano. El casco había bloqueado en su mayor parte el golpe del orco. Ziya gruñó y se sacudió la desorientación; al instante rodó hacia la izquierda.

La espada del orco se clavó en el suelo justo donde había estado hacía un momento. Saltó con agilidad y colocó las dagas en un arco mortífero.

El orco la observó embobado, las dagas le atravesaban la garganta y cayó.

Pronto volvería a levantarse.

Garrosh creía en un mundo gobernado por los orcos. El pergamino había convertido ese deseo en realidad. Los orcos invadían Kalimdor, esclavizados por un amo diferente a la sangre demoniaca que ya los sometió una vez. Nada podía matarlos, y el pálido vacío del artefacto que los dominaba brillaba en sus ojos vacíos.

Teldrassil se vino abajo, consumido por las llamas y el océano. Un hoyo carbonizado era lo único que quedaba en el lugar de El Exodar. Los tauren y los trols, horrorizados ante la devastación, huyeron por el Mare Magnum, con la esperanza de que Garrosh tuviera suficiente con sus victorias.

Pero no fue así.

Ziya estaba cerca del Puerto de Ventormenta. El último bastión de sus aliados, y antiguos enemigos. Era una batalla que no podían ganar.

El sonido de pasos le hizo saltar, con las dagas listas para el ataque.

—Tú —dijo.

—Yo —confirmó Druz, mientras se colocaba un vendaje desgastado alrededor de un gran corte en el brazo—. Me alegro de verte, Sargento.

No llevaba arma. Tal vez la había perdido. O tal vez se había rendido y la había abandonado. No podría culparle en ninguno de los casos.

Permanecieron hombro con hombro. La flota orca inundó la concurrida bahía, llenando el puerto de cientos de guerreros aullantes. Los tauren morían junto con los humanos, los enanos y los elfos de sangre, pero demasiado tarde. Era demasiado tarde.

El orco que se encontraba a los pies de Ziya se movió, sus terribles heridas se estaban cerrando.

—Buen pronóstico, ¿eh? —dijo Druz.

—Todo esto es culpa nuestra —dijo Ziya con voz queda.

Druz esbozó una sonrisa.

—Al menos no viviremos para arrepentirnos.

Ziya volvió a la carga y Druz la siguió.

—Ventormenta cayó. Los orcos dominaron el mundo por completo. Durante un tiempo.

El Portal Oscuro, que había quedado sin vigilancia, fue retomado por la Legión Ardiente. Criaturas horrendas surgieron del mar y no encontraron campeones que las detuvieran.

Las montañas de Azeroth ardieron y se derritieron. Sus océanos hirvieron hasta que no quedó nada. Y todo fue oscuridad.

Todo era luz.

Que palidecía ya, pero el pergamino en blanco todavía proyectaba una larga sombra delante de la eremita Shuchun y transformaba las gotas de agua que regaban los muros de la cámara de conocimiento en una red de perlas brillantes.

La bala permanecía congelada justo delante de Shuchun, la última unión entre los dos goblins y su terrible futuro.

La eremita Shuchun extendió la zarpa, agarró la bala y la colocó delicadamente sobre el suelo.

—La eremita Shuchun se giró hacia el pergamino —relató—. De algún modo, Druz tenía razón. El pergamino era tan sencillo como cualquier arma. Pero las armas pueden dispararse por accidente. Las balas pueden alcanzar objetivos equivocados. De modo que la eremita Shuchun apuntó con cuidado y dijo: "las imágenes que los goblins habían visto no eran reales".

La habitación se retorció, y los goblins cayeron al suelo. Shuchun no se movió ni un milímetro.

—Ninguno de los horrores que habían presenciado habían ocurrido realmente.

Ziya inclinó la cabeza ante el peso de las manguantes y nauseabundas oleadas de recuerdos de las pérdidas y de las viejas heridas que ya no tenía.

Y escuchó:

—Todo permanecía igual.

Ziya miró hacia arriba para observar la repentina calma. Shuchun guardó el pergamino perfectamente enrollado a su espalda.

—¿Ha sido real? —preguntó Ziya—. ¿Algo al menos?

Shuchun reflexionó la respuesta

—Dormirás mejor —contestó— si no respondo a la pregunta.

Extendió las zarpas para ayudarles a levantarse. Ziya tomó una. Druz no lo hizo.

—¿Podrías haber usado así el pergamino en cualquier momento? —inquirió en tono acusador.

—Sí.

—Me has hecho hacer cosas...

—¿Que yo te he hecho hacerlas? —espetó Shuchun, sin resto de su suavidad anterior—. Crees que la paz es imposible porque nunca lo has intentado. Crees que la guerra continuará porque nunca ha parado, y tomas decisiones difíciles sin miedo a las consecuencias. Has elegido tu camino —afirmó la eremita Shuchun, y tomó aliento—. Y yo te he salvado de él.

Druz hizo un gesto de incompreensión.

—¿Pero para qué nos trajiste a la cámara de conocimiento entonces? ¿Por qué no hiciste que olvidásemos que la habíamos encontrado?

Ziya comprendió que estaba suplicando.

La sonrisa de Shuchun era amable pero al mismo tiempo implacable.

—Tal vez necesitates aprender el coste que tienen las respuestas simples —contestó.

Se despidieron en la playa, rodeados de un aire salado y fresco.

—¿Tienes un lugar seguro para esa cosa? —preguntó Druz, haciendo un gesto hacia el pergamino. Algo se había roto en él; eso estaba claro. Pero se había vuelto a forjar en algo diferente. Más fuerte.

—Sí —contestó Shuchun.

—Bien. Sargento, tómate un tiempo de descanso. Pagado, por supuesto —añadió cuando Ziya abrió la boca—. Asegúrate de que la eremita llega a su destino.

Y subió por la cuerda hasta el superzepelín sin decir ni una palabra más, una mano tras otra.

Ziya y Shuchun se alejaron de la costa por un camino ascendente. El superzepelín se tambaleó en la distancia como si el piloto estuviese borracho. Probablemente lo estaba.

—¿Hacia dónde? —preguntó Ziya.

—Por aquí —contestó Shuchun mientras señalaba con el dedo—. Tenemos un largo camino por delante.

Ziya giró el anillo que llevaba colgado al cuello. Para su sorpresa, estaba sonriendo. Sería agradable proteger en lugar de atacar, aunque fuese por una vez. Creer que la guerra y todos los horrores que la acompañan podrían acabar.

Viajaban en silencio.

—¿Quieres que te cuente una historia? —preguntó Shuchun.